

*UNA MUJER EN BERLÍN: EL ANONIMATO
DE UNA EXPERIENCIA COLECTIVA
A WOMAN IN BERLIN: THE ANONYMITY
OF A COLLECTIVE EXPERIENCE*

Juan Manuel MARTÍN MARTÍN
Universidad de Salamanca

Resumen: La diferente acogida en Alemania de *Una mujer en Berlín* en su primera publicación de los años cincuenta y su posterior reedición de 2003 da cuenta de la dificultad de afrontar un hecho traumático: las violaciones masivas al final de la II Guerra Mundial. Cuando el libro se vuelve a publicar en el siglo XXI, la sociedad alemana está abierta a nuevas miradas al pasado. En este contexto, el diario contribuirá, junto a muchas otras obras, a matizar el discurso culpabilizador predominante. La autora prohibió en vida cualquier reedición, exigiendo que se mantuviera el anonimato en las posibles impresiones póstumas.

Palabras clave: violaciones masivas, II Guerra Mundial, culpa, memoria cultural.

Abstract: The German response to *A Woman in Berlin*'s first edition in the 1950s compared to its rerelease in 2003 shows the difficulty in facing a traumatic experience: the mass rapes at the end of World War II. When the book is republished in the 21st century, German society is open to a new look at the past. In this new context, the book, along with many other works, will contribute to refining the prevailing discourse regarding "blame". During her life, the author prohibited any reedition of the book, demanding that it remained anonymous even after her death.

Key words: mass rapes, World War II, guilt, cultural memory.

1. 1945, CAMINO DEL DESASTRE

En abril de 1945 prácticamente todos los alemanes son conscientes de que la aventura bélica que Hitler había iniciado en 1939 está a punto de terminar. El desmoronamiento del país lleva aparejada la práctica ausencia de noticias, habían desaparecido tanto los periódicos como otros medios de comunicación que podrían haber ofrecido alguna pista sobre lo que realmente estaba sucediendo. Ante este vacío, solo la propaganda de guerra seguía ejerciendo una enorme influencia sobre la percepción de la realidad de los alemanes. El temor al Ejército Rojo está estrechamente relacionado con una oleada de suicidios que alcanza en algunos lugares niveles apocalípticos: la muerte es percibida por miles de personas como la única salida ante la caída del sistema nacionalsocialista y la previsible venganza de los vencedores.

Otro aspecto que caracteriza los meses en torno a la derrota definitiva son las violaciones masivas sufridas por un número estimable de mujeres y niñas alemanas; en mucha menor medida afectan estas agresiones al sexo masculino. Aunque tradicionalmente atribuidos al ejército soviético, recientes investigaciones han documentado que también las tropas de otros aliados como los americanos participaron en episodios de violencia sexual. Las cifras discrepan de unos a otros autores, si bien no ha sido este un asunto del que la historiografía alemana se haya ocupado ampliamente. Helke Sander, pionera en la investigación de las violaciones masivas de alemanas al final de la guerra a través de su película documental *BeFreier und Befreite*¹ (1992) aporta unas cifras según las cuales entre diciembre de 1944 y el final de 1945 fueron violadas aproximadamente dos millones de mujeres del Reich, es decir, en torno al 10%. Esto representaría en la capital un número no

¹ La traducción literal del título es “Liberadores y liberados”, sin embargo, el primero de los términos contiene un juego imposible de reproducir en español, ya que la palabra Freier - de ahí la mayúscula interior - significa “cliente de un prostíbulo”. Se alude aquí a esa doble faceta de los vencedores de la guerra, por un lado, como liberadores de Alemania de la opresión nacionalsocialista y, por otro, como hombres que de un modo u otro van a aprovechar los favores sexuales de las mujeres alemanas.

inferior a las 100.000 personas (Sander, 2005: 5). Considerablemente menor, aunque no por ello menos atroz, es la cifra que propone Miriam Gebhardt, que considera que en torno a 860.000 mujeres fueron violadas en los momentos finales de la guerra y el principio de la posguerra. Ella menciona la existencia de ciertos casos de violaciones sobre hombres y, quizá esto es lo más novedoso de su investigación, se aventura a cifrar en 190.000 las agresiones perpetradas por las tropas norteamericanas (Gebhardt, 2016: 8).

Las potencias vencedoras deciden en la Conferencia de Postdam dividir el territorio alemán en cuatro zonas de ocupación que posteriormente darán origen a los dos estados alemanes: República Federal Alemana y República Democrática Alemana. En el complejo contexto de la Guerra Fría, las violaciones estuvieron ausentes del discurso público, puesto que cualquier reproche a las respectivas tropas de ocupación resultaba inconveniente para el delicado equilibrio de fuerzas que se estaba conformando en Europa. En la zona comunista, las violaciones cometidas por los soviéticos eran acalladas en aras de unas buenas relaciones con su mentor. Por su parte, la República Federal no podía permitirse reproches a americanos, británicos o franceses, pues de ellos dependía también su existencia en el complejo mapa europeo de posguerra. Así pues, por motivos contrapuestos, que en realidad compartían la misma naturaleza, nadie estaba en disposición de alzar la voz para denunciar la violencia sexual que acababa de llevarse a cabo o, en el peor de los casos, seguía ejerciéndose en una Alemania destruida, humillada y empobrecida.

2. *EINE FRAU IN BERLIN (UNA MUJER EN BERLÍN)*. ANÓNIMA

En la primavera de 1945, período en el que transcurren los hechos narrados por la autora anónima, las violaciones se habían convertido hasta tal punto en parte consustancial de la rutina berlinesa que las mujeres parece que se interrogaban con un lacónico: “Wie viele du?”, es decir, “¿Cuántos tú?” (Gebhardt, 2016: 24), que no necesitaba precisar más sobre la naturaleza de la pregunta, pues resultaba obvio a qué se estaban refiriendo. Esta cotidianidad difícil de comprender -y asumir- fuera de

aquel contexto está sin duda en la base del diario presentado bajo el título *Una mujer en Berlín*, y permite interpretar en su justa medida el modo descarnado con el que la protagonista aborda el asunto de las violaciones que experimenta en carne propia a lo largo de las semanas que abarcan desde los combates finales en la lucha por la capital del Reich hasta las primeras semanas de la derrota y la ocupación por la *Rote Armee*.

Los hechos recogidos en la obra acaecen entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945, es decir, durante los días previos a la rendición incondicional alemana que coincide con la toma de Berlín y las semanas que suceden a esta, en las que es habitual el descontrol en la destruida capital del Reich. Tanto la ciudad como el propio país serán divididos en cuatro zonas de ocupación, sin embargo, en este momento inicial solo el ejército de Stalin campa a sus anchas entre los escombros de la malograda urbe. Las anotaciones no son diarias, además en varias ocasiones se menciona explícitamente que lo que se va a referir es una retrospectiva de los acontecimientos de uno o varios días pasados.

Las primeras anotaciones van mostrando cómo se desmorona la resistencia alemana, así como la incertidumbre que rodea a las personas que esperan el fin de la guerra y la consiguiente llegada del enemigo. Hay un detalle particularmente relevante que atañe a la percepción que la autora y quienes la rodean tienen de la figura masculina:

Una y otra vez voy notando en estos días cómo se transforma mi percepción de los hombres, la percepción que tenemos todas las mujeres en relación con los hombres. Nos dan pena, nos parecen tan pobres, tan débiles. El sexo debilucho. Una especie de decepción colectiva se está cuajando bajo la superficie entre las mujeres. El mundo nazi de glorificación del hombre fuerte, el mundo dominado por los hombres... se tambalea y con él se viene abajo también el mito «hombre» (Anónima, 2005: 68)².

La autora pone de manifiesto que las excepcionales circunstancias implican un cambio en la manera de definir el rol

² En adelante Anón.

del hombre y la mujer. Para ellas, esta nueva actitud tendrá consecuencias sobre el modo en que asumirán las violaciones que han anunciado tanto la propaganda como los testimonios de refugiadas llegadas desde lugares como la Prusia oriental. Efectivamente, las agresiones comenzarán e indudablemente serán una experiencia terrible, sin embargo, muchas de las afectadas serán capaces de “manejar” la situación, conscientes como son ahora de hasta qué punto los hombres representan en gran medida una fuerza embrutecida por la guerra, susceptible de sucumbir a la inteligencia femenina. Así lo corrobora la escritora tras su primer contacto con los rusos: “Siento cómo se disipan algunos miedos de mi interior. Pues, al fin y al cabo, incluso los rusos son «sólo hombres» a quienes se puede abordar con mañas y astucias de mujer, les puedes dar largas, distraer, quitártelos de encima. (Anón: 74)” En realidad, ella cuenta con un recurso que la coloca en una posición privilegiada: sus conocimientos de la lengua rusa; esto desconcertará frecuentemente a sus interlocutores y le abrirá puertas hacia las esferas de mando.

Sin embargo, ninguna de estas circunstancias que parecen dotarla de cierta ventaja podrá evitar que el temido momento de la violación llegue con todo el horror y el asco, también con la soledad determinada por el abandono de los vecinos, resguardados tras una puerta y aterrorizados:

Grito, grito... Detrás de mí se cierra con un sonido la puerta del refugio.

Uno tira de mis muñecas haciéndome avanzar por el pasillo. Ahora tira de mí también el otro poniéndome la mano en la garganta de tal manera que ya no puedo gritar, y ya no quiero gritar por temor a acabar estrangulada. Ahora tiran los dos de mí. Ya estoy tendida en el suelo. Del bolsillo de la chaqueta se me escapa algo que tintinea. Deben de ser las llaves de casa, mi manojó de llaves. Llego a tocar con mi cabeza el peldaño más bajo de la escalera, siento en la espalda la humedad fría de las losetas. Arriba, junto a la puerta entreabierta por la que se cuela algo de luz, uno de los hombres hace guardia mientras el otro desgarrá mi ropa interior, haciéndose camino violentamente... (Anón: 80).

Aquí queda en suspenso el relato, lo siguiente es su vuelta al mundo, sus reproches a quienes no se han atrevido a ayudarla y, luego, el intento infructuoso de hablar con un oficial superior que pueda poner orden al descontrol, el intento de lavarse con la escasa agua que hay. Hasta que vuelven a aparecer los rusos en la propia casa y ahora solo tiene fuerzas para intentar moderar el sufrimiento: “Sólo uno, por favor, por favor, sólo uno. Usted mismo si quiere. Pero eche a los otros. (Anón: 85)”. Las violaciones se suceden en los siguientes días y la narración se va haciendo más descarnada, como si el aumento de detalles estuviera en consonancia con un incremento del asco experimentado. Y en algunos casos, a la violación le sucede un pago en forma de tabaco (Anón: 93), alcohol, comida, de modo que el sexo forzado adquiere un nuevo significado -al menos a los ojos de los hombres- que lo acerca a la relación voluntaria a cambio de un bien: a la prostitución. Como resulta evidente que la situación no va a mejorar, para la protagonista llega el momento de buscar el mal menor, es decir, convertirse en víctima de un solo hombre que necesariamente ha de ser un oficial, alguien con el poder suficiente para impedir el ir y venir de soldados por el edificio. En cuanto se cruza en su camino el oficial Anatol, habrá de desplegar sus armas para no desaprovechar la oportunidad: “Charlamos, tonteamos, nos decimos disparates, pero le saco que es teniente. Al final quedamos en vernos esta tarde a las siete en casa de la viuda (Anón: 95).” Es 28 de abril y la guerra ni siquiera ha terminado. El primer encuentro sexual con el teniente difiere mucho de lo que hasta ahora se había descrito en el diario:

Esa noche bebí mucho, quise beber mucho, emborracharme, y lo conseguí. Por ello solo tengo recuerdos aislados. Anatol otra vez a mi lado, sus armas y sus cosas dispersas alrededor de la cama... Los muchos botones y bolsillos, y todas las cosas que tiene en ellos... Amable, afectuoso, infantil... Pero nacido en mayo, Tauro, Tauro... Creo ser una muñeca insensible a la que se agita, se da vueltas, una cosa de madera... (Anón: 102).

Una nueva fase hacia un pragmatismo imprescindible para la supervivencia. A Anatol lo sucederá el comandante Stepan,

viudo, con el que se establecerá una relación de la que la violencia no forma parte: “Tengo mi cara apoyada en sus rodillas y sollozo y lloro y lloro todo el llanto del alma. Siento cómo él me acaricia el pelo (Anón: 141).” Faltan cuatro días para la rendición de Alemania, pero como señala la autora con cierta ironía: “ya ha remitido el aquí te pilló aquí te violó de los primeros días. El botín escasea. También otras mujeres, según he oído decir, están entretanto comprometidas como yo, son tabú (Anón: 153).” Superada la inmediatez que representaba el peligro de los soldados descontrolados, de las violaciones múltiples, una vez que se ha alcanzado cierta seguridad respecto al futuro más próximo, hay espacio en el diario para las reflexiones sobre la desagradable experiencia a la que acaban de enfrentarse las mujeres de Berlín. Inicialmente se alude a la necesidad de superarla colectivamente, ya que ha sido una “forma masiva y colectiva de violación (Anón: 191)”, sin embargo, la protagonista también es muy consciente de que, a diferencia de lo que ocurría con los hombres que volvían de permiso y contaban sus historietas, “nosotras en cambio tendremos que hacer como si se nos hubiera dejado a un lado, a nosotras, precisamente a nosotras. De lo contrario, al final no querrá tocarnos ningún hombre (Anón: 193).” Es decir, que si no quieren verse condenadas al ostracismo, tendrán que mentir, defender la inverosímil teoría de que pudieron mantenerse al margen de la violencia. Requisito, o consecuencia, de este plan es el silencio, la represión del recuerdo del trauma; algo de lo que en realidad la sociedad alemana en su conjunto se convertiría en una experta durante las décadas siguientes.

13 de mayo, un sol radiante de primavera, la autora considera que las cosas le están yendo bien: “Estoy sana y salva (Anón: 221)”. Es el momento de mirar hacia delante, ya que las cosas no han sido tan terribles como se anunciaba:

Se nos pintó tantas veces en las paredes que las potencias enemigas nos llevarían a la muerte por hambre y a la completa extinción física, que cada pedazo de pan, cada alusión a que se nos va a seguir suministrando alimentos, nos deja pasmados. En ese sentido, Goebbels preparó perfectamente el terreno a los

vencedores. Cada pedazo de pan de su mano nos parece un regalo (Anón: 225).

El retorno de Gerd, la pareja de la autora, en junio determinará el final de las anotaciones; este se ve incapaz de leer el diario, por los muchos garabatos, abreviaturas y anotaciones taquigráficas que lo hacen incomprensible. Cuando pregunta sobre el significado de “Vlcn” y entre risas le responden que hace referencia a violación, su reacción es de puro desconcierto: “Me miró como si estuviera loca, y no dijo ya nada más (Anón: 317).” La reacción de Gerd es un adelanto de la reacción del conjunto de la sociedad que está por llegar.

3. LOS MOTIVOS DEL SILENCIO. LOS MOTIVOS DEL NUEVO ECO

Desde la primera edición en inglés de 1954, la obra va acompañada de un prólogo y un epílogo donde se dan algunos detalles sobre la autora anónima y sobre la relevancia de lo narrado como una experiencia que trasciende a un solo individuo:

Que la escritora desee permanecer en el anonimato es algo que cualquier lector comprenderá sin más. De todos modos, su protagonismo es circunstancial, porque lo que se ilustra aquí no es ningún caso concreto de interés, sino el gris destino compartido por innumerables mujeres. Sin su declaración, la crónica de nuestra época, escrita hasta la fecha casi exclusivamente por varones, sería parcial e incompleta (Anón: 14).

Probablemente esa vocación colectiva de lo narrado contribuye a la hostilidad con la que la obra se recibe en Alemania, una sociedad que a finales de los años cincuenta está despegando en lo económico y, en lo político, se encuentra inmersa en la denominada fase de política del pasado (Frei, 2009), donde las leyes de amnistía o la reintegración de numerosos nazis en la vida pública dejan claro que se trata de cerrar una página para centrarse en la nueva República. Lo que se espera de las mujeres en el restaurado modelo familiar patriarcal burgués no es que se dediquen a glosar los abusos sufridos a manos de los vencedores de la guerra. A pesar de este

interés por concentrarse en el futuro, hasta la década de los sesenta el discurso victimizador ocupó un espacio muy relevante en la dinámica de la nueva República; sin embargo, las violaciones masivas, que en cierto modo también habían sido una vivencia colectiva, se mantenían en general fuera del foco de atención. ¿En qué sentido se puede denominar colectivo a un sufrimiento tan personal como el de la agresión sexual? Fundamentalmente en dos sentidos: por un lado, el número de personas al que afectó; por otro, el hecho de que las violaciones se realizaran con frecuencia en público (Schmidt-Harzbach, 2005: 24), sin ningún recato. Al fin y al cabo, y sobre todo en los momentos finales de la guerra, eran tanto un castigo como un botín y no querían ningún disimulo.

La acogida de la obra tras su publicación en alemán en 1959 fue la previsible. El semanario *Der Spiegel* da cuenta de ello con una escueta reseña en la que sostiene que el texto no puede ser considerado una obra literaria³, pero que tampoco ha de ser encuadrado en el género del *Kolportage*, es decir, el reportaje sensacionalista. Trata así de mostrar cierto equilibrio frente a las negativas críticas que la obra ha recibido, valorando de este modo el contenido del diario a cuya autora se acusaba de usarlo meramente como un instrumento para conseguir dinero:

Sin embargo los hechos, las figuras y sentimientos del “tiempo de los rusos” son interpretados con juicio y con sentido de la realidad. Esta mujer decidida a sobrevivir se mueve, como muchas otras víctimas, entre el horror, el embrutecimiento y el particular “humor vinculado a las violaciones” característico de aquellos días (Spiegel, 1960: 59).

Esta postura representa sin embargo la excepción, pues la generalidad de la crítica se muestra muy hostil hacia una obra que ya había vendido más de medio millón de ejemplares en sus ediciones en otras lenguas⁴. El amplio reflejo en la prensa de la

³ Esto se menciona ya en el epílogo de la obra: “es un documento y no un producto literario en cuya redacción el autor tiene siempre un ojo mirando al lector” (Anón: 320).

⁴ Miriam Gebhardt cita cifras de la época del periódico *Tagesspiegel*: 294.000 ejemplares en los Estados Unidos, 210.000 en Gran Bretaña, 120.000 en

publicación de *Eine Frau in Berlin* apuntaría teóricamente contra la idea de que el tema central del libro fuera tabú en la sociedad de finales de los cincuenta; lo que parece concitar el rechazo generalizado es más bien el modo en el que los hechos son expuestos (Gebhardt, 2016: 272). El debate sobre la supuesta tabuización de determinados aspectos del pasado alemán, especialmente aquellos que tienen que ver con experiencias en las que ellos son víctimas, se ha mantenido de manera más o menos latente desde la temprana posguerra, resurgiendo a partir de la reunificación de 1990. La destrucción de las ciudades del Reich por los bombardeos aliados o el destino de los millones de alemanes expulsados de los territorios del este constituyeron dos núcleos temáticos principales, sobre todo a partir de las obras de W. G. Sebald y Günter Grass.

Por otro lado, aunque el editor de la obra Kurt W. Marek deja claro en el epílogo de 1954 que ha conocido personalmente a la autora y que ha visitado los lugares que se describen en el diario, una de las reservas que se muestran frente a *Una mujer en Berlín* tiene que ver con su fidelidad a los hechos⁵. Especialmente se pone en entredicho la simultaneidad sobre lo acontecido y lo narrado, es decir, se presume que la experiencia ha sido sometida a una reelaboración literaria. Esto a pesar de lo que se explica en el mencionado epílogo:

Mientras escribo estas líneas, tengo ante mis ojos esas hojas. Su viveza, tal como se muestra en la precipitación del apunte breve hecho a lápiz, el ardor que irradian allí donde la pluma se resistía, su mezcla de taquigrafía, escritura normal y escritura secreta (era extremadamente peligroso llevar un diario así), las terribles abreviaturas (una y otra vez esa Vlcn), todo eso puede que se pierda en el carácter neutral de la letra impresa. Sin

Holanda, 30.000 en Suecia, 7.000 en Noruega, 5.000 en Dinamarca y 4.500 en Italia (Gebhardt, 2016: 271).

⁵ A raíz de su publicación en 2003, parte de la crítica aludió a las posibles discrepancias entre el manuscrito original y la edición que Kurt W. Marek hizo de este. Las comprobaciones llevadas a cabo por la editorial a través del escritor Walter Kempowski, así como la opinión del historiador británico Antony Beevor, amplio conocedor de lo vivido en Berlín durante los últimos días de la guerra, apoyaron la autenticidad de *Una mujer en Berlín*.

embargo, pienso que del hilo del lenguaje puede leerse lo que calla la letra impresa (Anón: 321).

Probablemente ese “humor de las violaciones” (*Schändungshumor*) del que hablaba la reseña de *Der Spiegel*, el descarnado pragmatismo que salta entre las líneas del diario, subyacen a las dudas sobre la autenticidad del texto; incluso llega a ponerse en cuestión la existencia de la propia escritora. No es de extrañar que Marta Hillers, siempre anónima, se negara a permitir la publicación del texto mientras viviera y exigiese que las ediciones tras su fallecimiento no fueran acompañadas de su nombre.

En cualquier caso, tanto la cuestión del anonimato como el rechazo general que recibió la obra, dan cuenta de que el contexto favorecía en gran medida el silencio respecto a la experiencia que había vivido un número estimable de mujeres alemanas. En muchos casos pudo prevalecer inicialmente el shock postraumático, al que sucedió una vergüenza relacionada tanto con aspectos morales y religiosos como con los posibles reproches que pudieran provenir de los esposos, del resto de la familia y de los conocidos. Asistimos de ese modo a lo que Miriam Gebhardt denomina “sekundäre Viktimisierung” (victimización secundaria), es decir, la marginación social como un padecimiento secundario que sucede a la propia violación (Gebhardt, 2016: 11). De este modo, frente a otras experiencias victimistas que sí encontraron cabida en la memoria comunicativa entre 1945 y el final de la década de los cincuenta, resulta posible entender por qué las violaciones masivas no corrieron la misma suerte. A los obstáculos psicológicos y sociales hay que añadir el delicado equilibrio entre las fuerzas de los dos estados alemanes y sus aliados mencionado más arriba, que hacía inoportuno cualquier discurso que implicara críticas a estos últimos. Finalmente, con los años sesenta llegó una nueva etapa en el procesamiento del pasado en la que el discurso culpabilizador ocuparía la posición predominante: incesantes escándalos relacionados con las continuidades personales e institucionales entre el estado nacionalsocialista y la República Federal, así como el inicio de procesos judiciales contra criminales nazis que alcanzarían una enorme atención pública.

Cuando se produce el retorno a las librerías de *Una mujer en Berlín* durante el año 2003 muchas cosas se han transformado en el país⁶. Al menos desde el cambio de siglo, en realidad tras un proceso que ha comenzado años antes, los alemanes se acercan de un modo diferente al sufrimiento que la Segunda Guerra Mundial había causado sobre los habitantes del Reich, los mismos que habían propiciado la llegada de Adolf Hitler al poder y lo habían seguido con entusiasmo hasta el desastre final. Hay una avalancha de escritos biográficos, series de televisión, películas y documentales donde los testigos de los hechos dan cuenta de experiencias traumáticas que, supuestamente, habían sido marginadas en el discurso de la memoria nacional. Este inusitado interés por otras facetas de las vivencias colectivas pretéritas ponía de manifiesto que se había alcanzado una nueva fase en el proceso de confrontación con el pasado.

La autora se había mantenido firme en su negativa a volver a publicar la obra en vida, de modo que no pudo ser testigo del considerable éxito y de la buena acogida con la que los alemanes recibieron el texto. Sin embargo, esta notoriedad no estuvo exenta de críticas, si bien estas no fueron de la misma naturaleza que las recibidas a finales de la década de los cincuenta. El diario anónimo se enmarca en un amplio abanico de obras que reflejan distintas experiencias de sufrimiento de las que los alemanes habían sido protagonistas, es el denominado *Opferdiskurs* (discurso victimista) que abarca aspectos muy diversos. La denominada *Opfernarrativ* (narrativa de las víctimas) experimenta una transformación diametral, pues pasa de hablar de las víctimas de los alemanes a ocuparse de los alemanes como víctimas (Sabrow, 2009: 19-20).

Marta Hillers falleció en 2001 sin conocer el interés que su obra despertó tras la publicación en un nuevo siglo, precisamente cuando sus últimos años de vida coincidieron con el triunfo de la “*oral history*”: el desfile de un ejército de ancianos por la televisión dando cuenta de experiencias de sufrimiento que no habían contado hasta entonces o que nadie había querido escuchar. Estos hombres y mujeres encontraban por fin la fuerza

⁶ El éxito de la obra se plasmaría en una versión cinematográfica que llevó el título de *Anonyma - Eine Frau in Berlin* (2008).

para hablar y, sobre todo, el interés de un auditorio más allá del sofá familiar. Poco tiempo antes de que fuera demasiado tarde, de que el silencio llegara con la muerte inapelable, algunos tuvieron aún la oportunidad de compartir los traumas lejanos. Y como siempre en Alemania, sus palabras las envolvió la polémica, porque para muchos el dolor que relataban requería de un contexto que dejara claro por qué se había llegado a tales atrocidades. La autora de *Una mujer en Berlín*, por su parte, no se dejó seducir por la nueva cordialidad hacia las otras víctimas y se mantuvo firme en su decisión de ser Anónima, la autora de una obra incómoda en la Alemania de 1959, cuando gran parte de la sociedad habría preferido que el pasado reciente se evaporase como un mal sueño para dejar paso libre a las bondades del milagro económico. Un milagro bíblico que anulase cualquier recuerdo de las violaciones, los refugiados, las ciudades incendiadas y los campos de exterminio, para no tener que cargar con ellos durante el tiempo que estaba por venir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anónima (2005) [1954]. *Una mujer en Berlín*. Barcelona: Anagrama.
- Frei, N. (2009). Procesos de aprendizaje en Alemania: el pasado nazi y las generaciones desde 1945. En I. Olmos & N. Keilholz-Rühle (Ed.), *La cultura de la memoria histórica en España y Alemania* (pp. 84-105). Madrid: Iberoamericana.
- Gerbhardt, M. (2016). *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs*. Múnich: Pantheon.
- Jacobs, I. (2009). *Freiwild. Das Schicksal deutscher Frauen 1945*. Berlín: List Taschenbuch.
- Sabrow, M. (2009). Den Zweiten Weltkrieg erinnern. *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 36-37, 14-21.
- Sander, H. (2005). Zuwort zum Vorwort. En H. Sander & B. Jahr, *BeFreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigung, Kinder* (pp. 3-8). Frankfurt am Main: Fischer.
- Schmidt-Harzbach, I. (2005) [1984]. Eine Woche in April. Berlin 1945. En H. Sander & B. Jahr, *BeFreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigung, Kinder* (pp. 21-45). Frankfurt am Main: Fischer.
- Der Spiegel* (30 de marzo de 1960). Eine Frau in Berlin. *Der Spiegel*, pp. 59.